EDUARDO COLIN

LA VIDA INTACTA

(1903 - 1913)

MADRID - 1916
TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA
CERVANTES, 28

LA VIDA INTACTA

EDUARDO COLIN

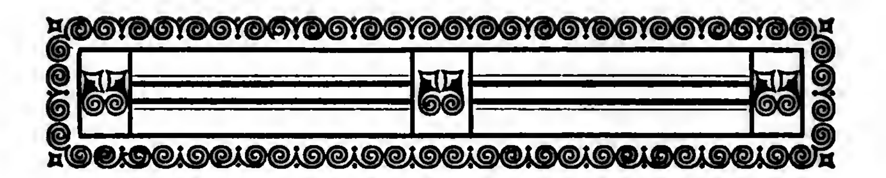
LA VIDA INTACTA

(1903 - 1913)



MADRID - 1916
TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA - CERVANTES, 28

DEJA QUE HUYA LAS AULAS



DEJA QUE HUYA LAS AULAS

Epístola a un amigo.

He sentido en mi frente debatirse la Idéa
Como un monstruo azuzado que en su cueva se agita,
Como un duro martillo que en mi cráneo golpea . . .
Está enfermo mi espíritu de inquietud infinita.

Mi cerebro pregunta, dolorido y exhausto:
— ¿Porqué todo es mentira y a la vez todo es cierto?
Se renuevan en mi alma las dolencias de Fausto,
He cansado mi duda sobre un gran libro abierto . . .

Turbias ponen las tardes en las altas ventanas
Desleídos reflejos como lívidas gemas;
Cierro entonces el libro de las tesis arcanas
Y en mi ceño se fruncen las arrugas tempranas
Que marcó la fatiga de los arduos problemas.

Deja que huya las aulas ¡oh docto amigo mío!
Deja que huya el convento donde antaño el asceta
Flagelaba sus carnes entre llanto sombrío;
Que mi cuerpo despierte con indómito brío
Y que estalle mi brusca juventud de poeta.

Que mi espíritu cure sus cansancios precoces;
Déjame ir a los campos, que mi sangre encendida
Roja grite en mis puños con los púgiles goces
De la fuerza, en calientes bocanadas de vida,
Y así guste mis horas como don de los dioses.

Deja, amigo, que parta de la escuela y el foro
Y que expanda mis músculos en eurítmico juego,
Que las vides expriman para mí su tesoro
Y concentre en un verso primitivo y sonoro
Las mañanas azules y las tardes de fuego.

Y me pierda en el coro de la rústica gente
Y «con mis dientes blancos muerda la fruta» y ría,
Y el maestro Epicuro ponga paz en mi frente,
Y así tuerza una rama con mi brazo potente
Como grabe una estrofa de serena armonía.

Tú, didáctico amigo, las doctrinas imprime
En los blandos terrones de almas nuevas y ansiosas,
Bien *pro* Seyo o *pro* Ticio la dialéctica esgrime
Y predica la austera misión, vana o sublime,
De buscar la sustancia de las almas y cosas.

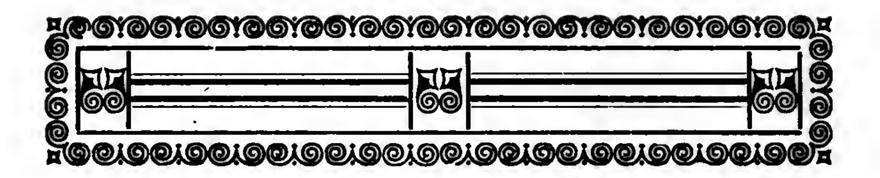
Naufragar en los númenes me ha puesto laxo y triste;
Deja a mi alma el aspecto de las cosas y seres,
Sólo su aspecto; acaso es lo único que existe
Y el sol es la Verdad que desde el cielo asiste
A esa única Ciencia, la inagotable Ceres! . . .

Tu labor es de apóstol y tu insigne destino
Agitar las conciencias con palabra y teoría;
Yo en Parises y Arcadias seguiré mi camino
Tras el jugo de un beso y el ensalmo de un trino:
Todas las cosas bellas me darán su ambrosía.

Me llamas gravemente apolíneo, pagano . . .
No sé . . . Yo sólo quiero, sobre duda y tristeza,
Males del hombre antiguo y del hombre cristiano,
Salvar en los embates del pensamiento humano
Los fueros redivivos de la eterna Belleza.

1906.

JARDIN ANTIGUO



JARDIN ANTIGUO

Late el calor. Silencio. Primavera.
Un cisne arruga la tranquila onda...
Sobre el pilón la tarde reverbera.
Desmaya la joyante enredadera,
Agobiada de nidos, una fronda.

Crecen las plantas con callada prisa...
El cisne deja su argentado rastro.
El chorro de agua con el sol se irisa
Y es una fresca y prolongada risa
Al caer en la taza de alabastro.

Rebrotando vivaz entre las losas,
Libre y agreste sepultó la hiedra
Inscripciones pedantes o amorosas,
Y preside el mudar de almas y cosas
El chivo-dios serenizado en piedra.

¡Oh virreina andaluza y aturdida,
Enfáticos saraos, dignos sueños
A la Trianón, y gracia relamida,
Colonial y retórica! — ¡La vida
Ha cambiado, jardín, como tus dueños! . . .

Una gárgola de Hermes, rota y triste,
Mira al confín de aquellas alamedas
Donde cunde el verdor, trepa y embiste,
Y donde el pulcro idilio ya no existe
Y no hay rumor de besos y de sedas . . .

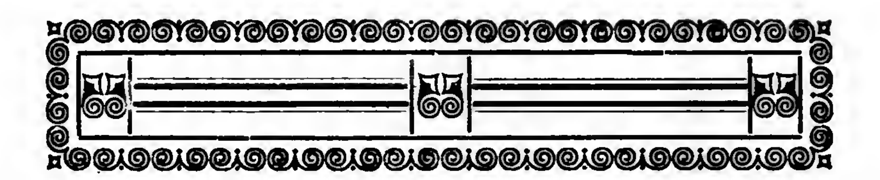
Un hombre nuevo por las calles vaga,
Piensa en tesis abstrusas, en arcanos,
Y sus ojos metálicos divaga
Con un libro de Nietzsche entre las manos.

Y la tarde del trópico lo embriaga
Y de un gestar potente lo circunda
— Savia en el tallo y en el nido amores —
Es que la tierrra, la inmortal fecunda,
Sobre un siglo en despojos prende flores,
Loca de ser eterna y ser jocunda.

1905.



DESPUES DE LA LLUVIA



DESPUES DE LA LLUVIA

Junio, tarde lavada, tarde de lino,
Tarde después de lluvia, de olor a tierra,
Tarde de cristal claro, de viento fino,
Tarde que barre nublos sobre la sierra.

Tarde de raso nuevo, tarde joyante
En que el enjuto caño bulle y retoza,
Y que tiene salubres risas de infante
Y humedades de beso de fresca moza.

Tarde de frágil brisa, tarde ligera
Que como impertinente rapaza hermana
Me grita cuchufletas tras la ventana
Por mi gesto de sabio y mi frente austera.

La lluvia, como fresco y untado aceite,
Hace ágil y lustrosa la alta arboleda
Que reluce y ondula como de seda
Con desperezamientos de gran deleite.

Tarde tras un largo, bochornoso hastío,
Tarde sedativa, tarde acariciante,
Que es como la menta de refrigerante
Y como ella pone delicias de frío.

Sobre toda cosa jovial y mojada
El sol da de tízar su monda patena,
Su lisa medalla luciente y serena
Que incrusta en el cielo como alborozada.

¡Qué neto su disco! ¡qué rubios sus oros!
¡Y cómo la tierra que el agua satura
Crepita en desmayos de inmensa frescura,
Suspira y se espasma por todos sus poros!

El agua es un gozo que por darse gira,
Se exhala, perfuma, rebrilla, resuena,
Desbanda en la fuente su rota melena
Y avienta sus iris de grácil chaquira.

Sutil tarde diáfana de enjugado ambiente
¿Qué tienen de leve y alado tus horas,
Qué tienen de bálsamo, de soliviadoras
Que me hacen ligero como adolescente?

¡Rasos tus contornos, tu olor a resinas,
Tu verde jugoso, tu limpio zafir
Y ese algo que siento que tú me trasminas
Como si empezara de nuevo a vivir! . . .

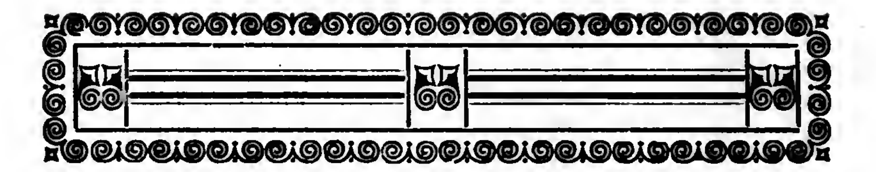
Mi ser es tu agua, tu viento liviano,
Tu esencia inconsútil, tu terso sabor,
Y dejo mi carga de grave desgano
Y soy animoso cual tu surtidor.

Y aspiro en tus yerbas, y salto en tu suelo,
Y toco en tus linfas quizá sin querer,
Y canto en tus aires, y sueño en tu cielo,
Y gozo, en tí tóda, la ley de mi ser.

1911.



EL ALMA DE LAS COSAS



EL ALMA DE LAS COSAS

En todas las rendijas de la puerta,
Como cinta de luz, brilló la aurora;
Afuera, los naranjos de la huerta
Gritaban su canción — ¡ave canora!

Y al ver que amanecía en los cristales
Y se alzaba hacia mí la fronda espesa
Repicando sus himnos matinales,
Sacudí de mi frente la tristeza.

Después de aquella noche larga y muda
Cuyas horas conté desde mi lecho,
Después de aquel insomnio en que la duda
Clavaba sus arpones en mi pecho,

Me dijo *Aquella Voz* tranquila y buena:
— Id a buscar el alma de las cosas;
Las cosas tienen alma que las llena,
El perfume es el alma de las rosas,

El alma de la tarde, los colores;
La dureza es el alma del granito,
El alma de la estrella, los fulgores,
Y el alma del espacio, lo infinito.

Abrí de par en par la gran ventana
En lo alto de los muros de la hacienda
Y el eco de la vida rusticana
Subía como un don, como una ofrenda.

Cargábanse las ramas con el peso
De los frutos jugosos; en un nido
Un zurear vibraba como un beso
Y eran las frondas cual un gran latido.

Un renuevo punzaba en cada tallo
Y la raíz, rompiendo los terruños,
Como al esfuerzo germinal de mayo,
Levantaba sus brazos y sus puños.

Incensaban su olor los azahares,
Aliento virginal de los pensiles,
Y un monte coronado de palmares
Sacaba de la niebla sus perfiles.

La maleza tendía en las llanuras,
Como pólipos vastos, sus marañas,
Y fruncían sus pétreas coyunturas
Y sus miembros robustos las montañas.

En desfile de gruesos batallones
Bajaban a través de las laderas
Los sembrados, al viento los jirones
De sus hojas flotantes cual banderas.

A lo lejos los árboles del clima
Suntuosos recamaban la sabana,
Y en el dorso quebrado de la cima
Reventaba la flor de la mañana.

Y me dijo la voz de los jardines,
Y me dijo la voz de la enramada,
Y me dijo la voz de los confines,
Y me dijo la voz de la alborada:

—¡Lejos la duda y el pesar que abate,
Lejos la pena que en la frente anida,
Lejos los odios, lejos el combate
Y el temprano cansancio de la vida!

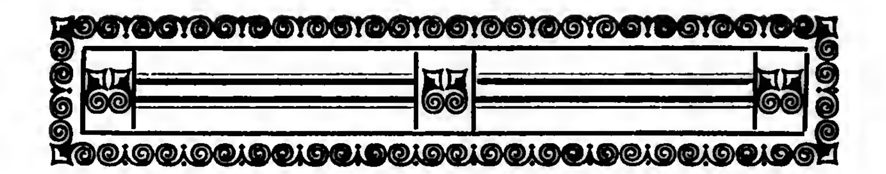
«Si el alma de los hombres os aflige
Id a buscar el alma de las cosas;
Las cosas tienen alma que las rige,
El perfume es el alma de las rosas,

«El alma de la tarde, los colores;
La dureza es el alma del granito,
El alma de la estrella, los fulgores
Y el alma del espacio, lo infinito.»

1903.



LA LLANURA



LA LLANURA

¡La llanura, la plana paz infinita
Que procrea, destruye, vive, medita!
Todo está bajo su honda calma salvaje,
Pero fúndese, iguálase, desparece
Cuando crece a lo lejos vasto el paisaje
Y también, al sorberlo, nuestra alma crece.

—¡Dame el ancho sentido de tu armonía,
Extendida llanada que alumbra el día!
Uniforme y diversa brota y se pierde,
Tiene rictus de cuencas en lontananza,
O se riza jocunda de trigo verde
Con el gesto seguro de la esperanza.

Patriarcal y solemne cunde un gran río;
Se deslíen los ocres de algún erío
Y urbe tiznada de humos un lado puebla,
Mientras se alza flotante, diáfana y pura,
En el fondo sereno, la blanca niebla,
Como el alma gloriosa de la llanura.

—¡Oh sabana tan grande cual mi deseo!
A mis pies las lagunas abrirse veo
Como inmóviles ojos claros y azules
Donde corre la sombra de la montaña,
Y los flecos que forman sus largos tules
En la orilla parecen bruna pestaña.

Vientre inmenso que toda cosa sustenta
Y que todo en un trazo de plata argenta,
Soledad y poblado, bosques y eriales;
Todo rudo accidente se sereniza
En el lecho que tienden sus grandes chales,
En el raso de su onda fulgente y lisa.

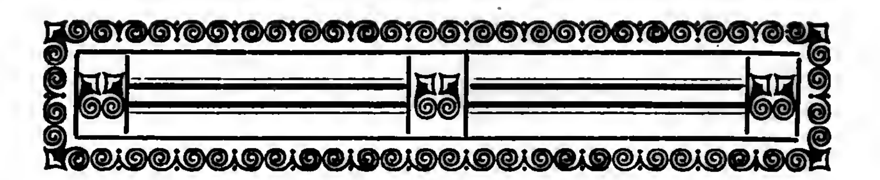
—¡Extensión que se pierde, mi pecho llena
Y allí dicta tu enorme calma serena!
¡Haz, cual tú, luminoso, amplio, mi Ensueño!
—¡Pensativa llanura de sol bañada,
He cansado mis ojos, mas vano empeño
Es buscar tus confines con la mirada!...

¡La llanura, la plana paz infinita
Que procrea, destruye, vive, medita!
Todo está bajo su honda calma salvaje,
Pero fúndese, iguálase, desparece
Cuando crece a lo lejos vasto el paisaje
Y también, al sorberlo, nuestra alma crece.

1903.



JOCUNDA NOBILISQUE FEBRIS



JOCUNDA NOBILISQUE FEBRIS

¡Sensación de la vida cálida y plena!
Era un pródigo instante de ansias y rosas
En que daban su gracia todas las cosas . . .
Cada hora era dulce, robusta y buena.

El viril regocijo de los paseos,
Cabalgando a la sombra de los pinares
Con los firmes talones en los hijares,
Excitaba en las venas sanos deseos;

El bochorno de tardes esplendorosas
Inflamaba los sueños y las mejillas
Al tentar una fuga de pantorrillas,
En revuelos de faldas, sobre las losas.

Las mujeres bajaban de los carruajes,
Con un lacio abandono de sus caderas,
A calmar en las noches fiebres de esperas;
Y la luna se untaba sobre sus trajes . . .

Su figura evocamos toda la vida,
Ya marchito el escote, los brazos flojos
Tras el dulce pecado, en lenta huída
Y con lánguido hechizo sobre sus ojos.

¡Blancas noches de octubre, locas y bellas!
Al final de las citas, entre los pinos,
Como frutos de fuego, frutos divinos,
Se cuajaba el milagro de las estrellas...

Y domada la carne — bestia bravía —
Abolido su yugo después del gozo,
Era vaso en que el alma se redimía
Por no sé qué de pura melancolía
Y no sé qué de santo y hondo alborozo.

Era entonces la ronda por las callejas,
Bajo el marco de flores de una ventana,
Donde un mirlo vertía su fresca diana
Y una sombra bordaba junto a las rejas.

Y al llegar a esa sombra tras largo acecho
Nos confiaba sus manos risueña o triste,
Y su amor nos gritaba dentro del pecho:
— ¡Nada tiene sentido, sólo *Ella* existe!

Qué inquietud inefable nos invadía
¡Oh románticas horas, juegos arcanos!
Toda su alma la virgen nos ofrecía
En las mudas presiones de sus dos manos;

Y aquel mirlo, y el chorro claro y cantante
De un jardín visto al fondo de la ventana,
Y esa novia, ingenua como una hermana,
Todo daba un reposo casto y sedante.

Luego un cosquilleo de lid y renombre,
Amplios gestos líricos y arengas de audacia,
Verbos apostólicos sobre democracia
O individualistas sobre el superhombre.

En ágapes bravos almas impacientes
Utopias y versos decían con brío
Mientras Bach filtraba en todas las frentes
Su grave, su intenso musical rocío.

Y bajo el aljófar de aquellos violines,
Bajo el són alado, rodaban ensueños,
Caían las tesis en esos festines
Cual hojas del noble rosal de los sueños.

¡Qué vigor que aun no frustra ni aja la suerte,
Mientras suben los cielos de las mañanas
Aleluyas de trinos y de campanas,
El esfuerzo del mundo contra la muerte!

Es que aun no eran hombres viejos ni sabios
¡Oh divina inconsciencia de aquel momento!
Besaban largamente sobre los labios
Bendiciendo a la luna y al sol y al viento...

¡Qué encanto en toda cosa y toda criatura,
Arbol, músculo, verso, mujer, idea!
¡La armonía que es sana bendita sea
Y benditos, por bellos, rapto y locura!
¡Hosanna a toda fuerza que vive y crea!

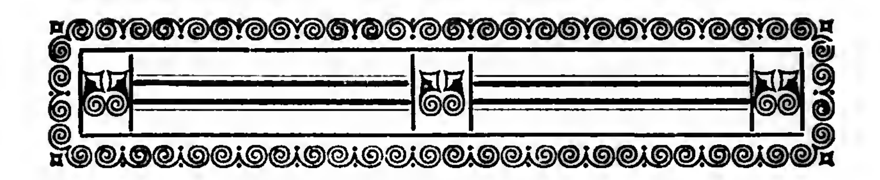
¡Qué limpio el sol que punza de alba a tramonto,
En la tierra qué dulce temblor jocundo,
Y qué prisa en los hombres por beber pronto
La única hora de gracia que tiene el mundo!

Mocedad que aun no lloras tu fuerza herida,
¡Gózala en tu espíritu y en tu sensación,
Hinca tu deseo, exalta tu vida!
Yergue ¡mientras puedas! tu dominación.

1909.



SU AMOR



SU AMOR

A Luis G. Urbina.

Su amor *Ella* me tiende como un rosal su rama,
Por lo espontáneo sólo de su germinación;
Lindo arbusto de carne, su corazón me ama
Como en un joven tallo punza un brote y da flor.

Me aman su libre instinto y su pensar corriente
Porque sí, razón llana y profunda, *porque sí:*
Aunque muy erudita y complicadamente
El más grande filósofo se explica el mundo así.

Ese raro prodigio de ser simple, ser una,
Tan sólo con tu home y tu obscura quietud,
Sin esfuerzo, ni nada de taumaturgia alguna,
Con sólo existir, niña, lo has realizado tú.

Si no es sabio y fecundo su humilde entendimiento
Lo son sus manos buenas para ahuyentar mi mal,
Que con un solo y fácil y casto movimiento
Entrega a mis antojos, rendida y conyugal.

Sus manos sin anemia ni veleidad nerviosa,
No espátulas azules ni brasas de pasión,
Sino dos manos tibias de Gretchen hacendosa,
Como dos bellos frutos en rosada sazón.

Sus manos son en ella lo principal que existe,
Obreras animosas, abejillas de amor,
Misericordia activa para el débil y el triste,
Para la abuela, el niño, el canario y la flor.

Cada una de sus manos hoyuelada y piadosa,
Que con temblor de espanto y goce estremecí,
Merece aquella espina que obtuvo Santa Rosa
Y la propicia llaga de Francisco de Asís.

Turbé el remanso inmóvil de su tersa mirada,
— Linfa de su inconsciencia, limbo de su candor —
No sé si como un crimen o como la llamada
Honda, brusca y ardiente de una liberación.

Cose sobre sus muslos firmes y maternales,
Minuciosa y tranquila, su labor baladí,
La espuma inmaculada de los frescos percales,
Y charla ingenuamente de su nimio existir . . .

Me dice de que es fácil su casera jornada,
De un escrúpulo fútil, de su pobre listón,
Me dice que en su vida *nunca ha ocurrido nada*,
Y Ficht y yo pensamos que ella tiene razón.

Es en su tenue espíritu donde nada ha pasado
¡Simple subjetivista, filósofa trivial!
Ni dudas que devastan, ni esplín envenenado,
Ni broncos frenesíes, ni soberbia infernal.

Vive en su limpio barrio — casi una provinciana —
A las cinco va a misa con recato monjil
Mientras riega sus pétalos sonoros la campana
Por un cielo seráfico de domingo y de abril.

En el parque del barrio cumple su igual paseo
Mientras chilla y ganguea la murga militar,
Y sin melancolías, ni pose, ni deseo,
Sienta en un banco público su relatividad.

Gracias, mi quieta novia, por la humilde alcancía
Que formaste del barro de tu sér para mí,
Llena de tu amor dócil, de tu sana alegría,
De tus núbiles besos y tu risa pueril.

Gracias, laica beguina, porque fuiste posesa
Del deleite que impuso mi caricia triunfal,
Y desgarrada en lágrimas eras ya la faunesa
Que torcía en mis brazos su lujuria fatal.

Mis voluntariedades como caballerías,
Mi capricho sin freno como un bizarro halcón,
Y cual canes voraces todas mis fantasías
Violaron tu retiro claustral y bienhechor.

Iba yo a los Cipangos de Absoluto y Ensueño,
Epicúreo y panida tras del Todo y su miel,
Cazador de un arcano y alucinante empeño,
Y mis huestes altivas en tu paz descansé.

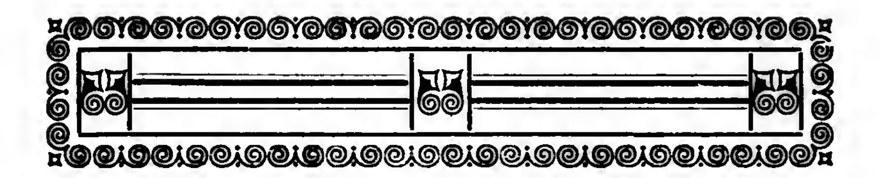
A trueque del pan blanco que tu acojo me daba
Marqué tu mansa vida con el fuerte sabor
Que tu sér en sus fibras más hondas conturbaba,
Con la dulce y suprema y horrible iniciación.

Te diste a mí segura, resuelta, inevitable,
Cual quien una buena obra cumple en esa fusión
De tus gracias primarias con mi psique insaciable.
¡Qué misterio el sentido de esta contraria unión!...

¡Oh frescura emanada de tu agreste belleza,
Flor rendida de santo perfume de bondad!
¡Regalo de mi dulce madre Naturaleza,
Don fragante que me hizo, cuando mi mocedad!

1910.

CANCION DEL DOMINGO



CANCION DEL DOMINGO

Los hombres ya no sufren el nudo igual y diario
Con que hizo la semana sus redes opresoras,
Las tramas uniformes de su tenaz horario,
Sus horas invariables, sus rasas, tercas horas.

Ya no es la opaca ruta seis veces recorrida
En que el hollín y el polvo del trasegar pequeño
Mordieron en la esencia más pura de la vida
Para romper las alas de nuestro libre ensueño.

Ya no es el ir los hombres en tráfagos mezquinos,
Sin alma, huecos, turbios, borrosos, maquinales,
Tras ínfimas Ilíadas, Tabores anodinos,
Fracasos sin grandeza y crímenes veniales.

Ya no es el colocarse sin ansia ni alegría
Entre las mismas cosas que el hábito sobó
Quitándoles su intenso sentido cada día,
Su encanto y su fragancia que en todas aplanó.

Llegó el domingo, dicha de diferentes modos,
Ventura comunista y universal contento,
Que está por todas partes y brota para todos
Como se dan a todos la luz, el agua, el viento.

¡Qué limpio el sol que arroja su sesgo por la cama!
Afuera de la pieza, detrás de los balcones,
El cielo, un muro, el verde polvoso de una rama,
Las cosas mudas siempre, tienen salutaciones.

En un cuartel exultan los toques de corneta,
Irrumpe su estribillo sonoro un esquilón
O ensaya una vecina un tema de opereta,
Y todo es nuevo, y todo retoca su expresión.

— Te canto porque ofreces al corro de reclusas
¡Domingo! tu alameda cual maternal regazo
Con tiernas suavidades y aromas de pelusas,
Con chorros saltarines, con árboles de raso.

— Te canto por los novios que van por tus banqueta
O salen extramuros para ir a hurtar el don
De caminar muy juntos, de recoger violetas,
De una hora de abandono y un poco de ilusión.

— Sin fiesta y sin amada pasó el poeta triste;
Pero una novia adora y un regocijo siente,
Pues crea, por tu dulce virtud, lo que no existe,
Lo plasma con tu esencia, lo forma de tu ambiente.

— Te canto a tí, domingo latino, porque embriagas
Con fuerzas inquietantes cuando tu atardecer,
Con ondas capitosas que enciendes y propagas
De valses y de efluvios de vino y de mujer . . .

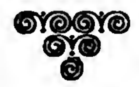
Y más que esos placeres burgueses y carnales
Ensalzo el hondo influjo que en nuestras almas pones
Colmándolas de ricas potencias ideales,
Con magnas fantasías y con elevaciones.

Y el pobre esclavo obtuso que marcha de paseo
Bajo su vieja incuria le viene un ansia joven,
Como una subconciencia de espléndido deseo
De ser quizás un ángel, o César, o Beethoven . . .

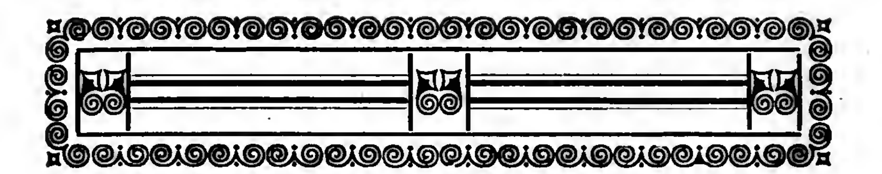
La vida curas; doras las crasitudes diarias
¡Domingo muelle, loco, sensual, ideal, intenso!
Te canto porque alivias el fardo de los parias,
Se buscan los amores y yo más alto pienso.

Domingo que eres ocio y lucubrar inútil,
Y vicio y aventura que en todos desenfrenas,
Y eres fruición y Sueño. . . ¡Lo que es divino y fútil!
¡Bendito lo superfluo con que a los hombres llenas!

1912.



DE VIAJE



DE VIAJE

Silba el gran buque. Es mediodía.
Puerto bullente, canicular,
Junto a su tersa y ancha bahía,
Bajo la cruda lumbre solar.

Casas muy blancas, morena gente,
Frondas de cocos, montes de añil
Que sobre el aire neto y luciente
Hincan la raya de su perfil . . .

Zarpa la nave. Humo, estruendo . . .
Linos que agitan su albo temblor
Y allá en los muelles están queriendo
Venir como alas tras el vapor . . .

La tierra encoge su gris ribera,
Huye . . . se esfuma . . . se va a borrar . . .
Ya es sólo un filo de cordillera . . .
Un tenue encaje . . . ¡y el mar! ¡el mar!

El mar, la cosa que crece y crece,
Que de sí brota, el dorso igual,
La bestia enorme que se estremece
Y que nos ciñe densa y total.

La terca plancha que nos abruma,
Eso que siempre, siempre se vé,
La eterna onda, la eterna espuma,
La obsesionante gracia muaré.

Seda lustrosa, móvil o quieta,
Que se desgarra con ansiedad
O se encarruja glauca y violeta,
O alisa su honda serenidad.

El mar hirsuto, grácil, bruñido,
Adonde arrojo mi corazón
Muelle de ensueño, amplio de olvido,
Santo de inmensa divagación.

Vida de a bordo muda y austera,
De concentrado culto ideal,
Y *snob* y fácil y aventurera,
De mundanismo, de *flirt* casual . . .

Viento de yodo, nube, gaviota,
Y allá en la barra que hace el confín
Quiebra sus rollos el agua, bota,
Mella su opaco grito sin fin . . .

Y tras de tantos mares vacíos
Pone una rada su aparición
Con las cien vergas de sus navíos
Como cien dedos que alzan un don.

Fondas, hoteles cosmopolitas,
Y la inminencia de vivo andén,
Y horas cambiantes, nuevas, fortuitas
Sobre el rimado golpe del tren.

Por las ventanas surgen, pululan,
Masas de campos y de ciudad,
Llegan, se tienden, rampan, ondulan,
Trotan con sesga velocidad.

Los abanicos de los paisajes
Abren sus telas en rotación,
Largos dislocan sus varillajes,
Vuelan enormes en la extensión.

Toda una tierra ya presentida
Sale a mi encuentro, viene a caer,
Como una intensa racha de vida,
Sobre mis ojos, sobre mi sér.

Francia precisa, seria, brumosa,
Y a un tiempo dulce y azul país,
Ruta en que tiembla mi espera ansiosa
De algo que va a cumplirse: París.

¡Oh flor de asombro, de arte, de beso,
De Vida Suma! ¡Flor de Ideal!
En su hondo aroma sorber todo eso . . .
¡Oh dionisíaca rosa triunfal!

Y la comarca desnuda, buena,
Grave, sonriente del español,
Con su lujuria acre y morena
Y con su Gloria y con su sol . . .

Luego Alemania, campos muy rectos,
Orden, usinas, pulcro Berlín,
Rostros ingenuos y circunspectos,
Chata, abstrusa . . . Wagner . . . hollín . . .

Y Rusia vasta que nos inquieta . . .
— Bizancio... pinos... la estepa erial... —
Ruda, sensible, vaga, secreta,
Candentemente fría y fatal.

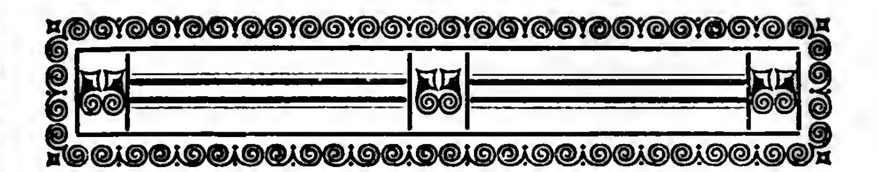
Luego otros climas quizás, y mares
Desconocidos, y nuevo ir
Por otros cielos y otros lugares;
Nueva llegada . . . nuevo partir . . .

Nuevo apetito de vagabundo,
Nuevos deseos de comprensión,
Sentir que fiuye sobre mí el mundo,
Sentirlo en alma y en sensación.

Y ya gozarlo como perderlo,
Y, cerca y lejos, ubicuo así,
En mí fundirlo y recogerlo
Y redivivo siempre tenerlo
Todo, intacto, dentro de mí.

1915.

INDICE



INDICE

